



Experiencias en el trabajo con personas con discapacidad

Aideé Skinfield Escamilla

Hidalgo

Dormía..., dormía y soñaba que la vida no era más que alegría. Me desperté y vi que la vida no era más que servir... y el servir era alegría.

Rabindranath Tagore.

EN ESTE TEXTO SE NARRA la experiencia que ha tenido el Icathi (Instituto de Capacitación para el Trabajo del Estado de Hidalgo) en la atención de la población con discapacidad, y el tránsito para lograr mejores condiciones de operación y para ofrecer nuestros servicios con mayor calidad a este sector social.

Compartiré algunos recuerdos. Yo llegué al Icathi a finales de 1999; en aquel tiempo impartía cursos de relaciones humanas, autoestima y otros más asociados a mi perfil de psicóloga. Hace seis años, estoy a cargo de la Dirección Académica.

Si bien desde la creación del instituto se ha capacitado a grupos vulnerabilizados, entre ellos a las personas con discapacidad, no se había hecho un intento por organizar y articular acciones específicas; en realidad, las personas se acercaban a los cursos y se les capacitaba, y eso nos permitía hacer reportes y estadísticas sobre los sectores poblacionales de atención, pero no había mecanismos que facilitaran su acceso a la capacitación.

Creo que todo empezó como una casualidad que me llevó a conocer a Emilia Escamilla, 15 días después de mi llegada al Icathi, y mi admiración de ver su coche adaptado para que ella pudiera manejarlo sin ningún problema; tal vez fue eso, o su sentido de autonomía y alegría para resolver cualquier reto cotidiano y para compartir sus sueños y hacerlos realidad.

No he logrado dilucidar cómo nació este proyecto, quizá como una consigna o compromiso personal de hacer algo diferente ante las enormes posibi-

lidades que vi en el Icathi, pero, sin duda, creo que la presencia de Emilia en mi vida influyó para que tomara una postura más firme; fue hace unos cinco años cuando nacieron los primeros esfuerzos articulados.

Sin saber cómo, empezamos a hacer difusión de nuestros cursos con diversas instituciones y asociaciones y con la sociedad civil, y la mayor demanda de cursos vino de los Centros de Atención Múltiple (CAM) de la Secretaría de Educación Pública de Hidalgo, que empezaban a conocernos más y nos solicitaban cursos. Hasta el día de hoy, es en los CAM donde existe una mayor demanda de cursos hacia nosotros, y sabemos que son muy útiles.

Esto me convence más, pues cualquier esfuerzo, por mínimo que sea, representa un medio para favorecer las condiciones de una mejor integración social.

Es por eso que creímos que había que construir alguna estrategia para acercar la capacitación a las personas con discapacidad, y que a través de otras formas, los cursos pudieran serles útiles, abriéndonos a la diversidad y crecer como seres humanos (Ehrlich y De Uslar, 2002). Nos dimos cuenta de que los cursos cumplen con una función en las vidas de los jóvenes que son atendidos en los CAM, por lo que era importante identificar las condiciones que facilitarían su participación.

Una de las limitaciones principales correspondía a un aspecto normativo institucional: el Reglamento de Control Escolar, ya que establecía una edad mínima de 16 años para proceder a la inscripción de cualquier persona, por lo que se propusieron reformas de manera que en los casos de las personas con discapacidad permanente, se asegurara su inscripción con 12 años cumplidos como mínimo, además de eximirles de la cuota de recuperación a ellas y sus

acompañantes, en caso de requerirlo. Las cosas se fueron dando, pues en 2006, el Reglamento fue aprobado por la H. Junta de Gobierno del Icathi.

En ese mismo año, la titular de la Dirección General de Educación Especial de la Secretaría de Educación Pública de Hidalgo (SEPH) nos invitó a formar parte de la Red de Integración Educativa, para orientar esfuerzos con otras instituciones en favor de la discapacidad. A partir de ahí



hemos asistido a todas las reuniones que nos invitan y también hemos realizado actividades juntos. También logramos integrarnos a la Red de Integración Laboral con la Secretaría del Trabajo y Previsión Social a nivel nacional, ya que además de los servicios de capacitación y asesoría para la formación de empresas que ofrecemos, tenemos personal docente, administrativo y directivo laborando en el instituto.

Todo lo anterior me obligó a identificar a los instructores que pudieran impartir los cursos, quizá con mayores recursos creativos, de empatía y conexión emocional que otros. Dado que los cursos son variados y los instructores poseen formaciones, habilidades, visiones, saberes y experiencias distintas, me di cuenta de que había una responsabilidad que tenía hacia este grupo de instructores, pues ellos me compartían cómo iban resolviendo cualquier eventualidad que pudiera presentarse, pero también necesitaban más información sobre aspectos generales de la discapacidad. Frecuentemente, se presentan dos niveles de expectativas hacia una persona discapacitada: ya sea que la condición provoque una baja expectativa de logros, o que se fijen elevadas posibilidades de realización, en una actitud optimista (Maíz y Güereca, 2004).

Sin duda, eso representaba un gran reto para los instructores, por lo que había que evaluar escenarios de capacitación para ellos. Las primeras capacitaciones para los instructores se dieron a partir del año 2007, gracias a la disposición de miembros de asociaciones nacionales como el presidente de la Autismex (Asociación Mexicana para el Estudio y Tratamiento del Autismo y otros Trastornos del Desarrollo), quien nos impartió un taller sobre conocimientos básicos del trastorno autista.

Recuerdo otra experiencia muy gratificante, como el curso de orientación y movilidad que llevó a cabo una maestra de la Asociación Mexicana Anne Sullivan (Asomas), que, para lograrlo, adquirimos los bastones blancos, y en uno de los talleres de corte y confección nos hicieron las antiparras.

Además de los instructores, participaron algunos colaboradores de la Dirección Académica; una de las prácticas casi al finalizar el proceso, fue que los participantes asistieran a un centro comercial usando las antiparras y el bastón blanco; algunos subieron las escaleras eléctricas y otros el elevador, y se desplazaron por todos lados para vivir la experiencia; me emociona mucho recordarlo, ya que generaron cierto asombro y miradas curiosas de la gente, entre ellas, la de mi madre, que casualmente allí se encontraba.

A partir de ahí, se fueron dando otros talleres, para los directores de los planteles y los coordinadores de las Acciones Móviles de Capacitación, como

los de discapacidades básicas y estrategias de intervención educativa para personas con discapacidad intelectual, por parte del personal de la Dirección de Educación Especial de la SEPH.

Hubo también algunos encuentros de intercambio de experiencias de instructores del Icathi y personal de la Dirección de Educación Especial de la SEPH.

Para darnos una idea de la vinculación de las personas con discapacidad y el medio sociolaboral, visitamos la Confederación Nacional de Asociaciones de Personas con Discapacidad (Confe). Para el año 2008, consideraba importante vincular al Icathi con el Conapred (Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación), para que se abordara el tema sobre la discriminación hacia las personas con discapacidad. Como al final de cada año realizamos la Academia estatal de instructores, resultaba el escenario propicio para esta conferencia. La verdad es que al principio me parecía casi un sueño el poder lograrlo, ya que después de oficios, varias llamadas telefónicas y amplios tiempos de espera, por fin tuvimos una buena respuesta por parte del Conapred, y acudió la coordinadora del Programa para la Defensa de los Derechos y la Dignidad de las Personas con Discapacidad; estuvieron cerca de ochenta instructores de todo el estado, además de 13 jefes de Capacitación de los planteles y seis coordinadores de las Acciones Móviles de Capacitación.

Era la primera vez que se trataba este asunto en el instituto, y claro que valió la pena hablar sobre derechos y condiciones de igualdad en términos de dignidad, era un tema que hasta ese tiempo parecía ajeno a nuestro escenario de capacitación. Creo que esto marcó una línea distinta, ya que es a través del poder que ejerce el lenguaje como se establecen valores y formas discriminatorias de convivencia, y que el instituto se permitiera dirigir una actividad de esta naturaleza sentó las bases para que los demás empezaran un proceso de reflexión.

En algunas ocasiones, algunas personas ciegas y débiles visuales manifestaron el interés por aprender masajes, así que en 2009, se impartió un diplomado intensivo en terapia corporal para 19 instructores, por parte del personal del Colegio Mexicano de Terapeutas Profesionales en Masaje y Enfermería Holística, AC. Esto desprendió acciones positivas, como la participación de personas ciegas y de baja visión en otros cursos de masaje que se empezaron a impartir, y los egresados de los cursos más adelante se agruparon para poner su sala de masaje, y siguen laborando.

En 2010, tuve la suerte de conocer a la maestra Caritina López Espino, experta en lenguaje de señas mexicanas; en aquel tiempo, ella impartió dos cursos de lenguaje de señas para los instructores, uno sobre manejo básico de la comunica-

ción en señas, y el otro sobre construcción de recursos didácticos de acuerdo con las especialidades que imparten los instructores. En la clausura, fue un regocijo para mí ver sus trabajos logrados, como pelotas de colores con letreros adheribles, franelógrafos, juegos de lotería, memoramas, videos y otros tantos elementos de apoyo para los cursos, pero, sobre todo, dar cuenta del compromiso de los instructores y la emoción para compartir lo aprendido. En este año, se llevó a cabo un taller con ella, para que los instructores nuevos amplíen su repertorio de elementos didácticos con base en el lenguaje de señas mexicanas.

La maestra Caritina refiere su propia experiencia con los instructores del Icathi:

Fue muy agradable, creo que los instructores están totalmente responsabilizados de este reto que implica trabajar con alumnos con discapacidad, porque a pesar de que venían de Huejutla y otros lugares muy lejanos, hicieron un esfuerzo por estar aquí y éste es un compromiso muy grande. Los participantes elaboraron material de acuerdo con los cursos que imparten, y vieron que mediante ese material pueden comunicarse con personas con otras discapacidades.

Cabe señalar que la maestra Caritina cuenta con 32 años de experiencia; además de ser una excelente facilitadora en este proceso, imprime un valor agregado en todos los grupos con los que trabaja, porque hay un compromiso que va más allá de la capacitación, es tratar de percibirnos unos a otros con nuestras diversas necesidades, y de hacer una red de apoyadores y podernos integrar y sentirnos parte. Creo que desde el primer momento que yo hablé con ella, sabía que también tenía una postura muy clara de defensa de la conservación de la dignidad y de apoyo a estas personas, y esto denota una diferencia, pues asegura un proceso diferente. Ella refiere lo que ha significado la lengua de señas en su vida:

La lengua de señas para mí ha sido una opción de comunicación muy grata, ya que hoy por hoy me encuentro con hijos de los alumnos que atendí y puedo ver que la comunicación fluye entre ellos; es mi recompensa, que no vivan en ese mundo de silencio.

Mi trabajo me ha enseñado a ser más sensible ante mis necesidades y las de los demás, a humanizar las relaciones. Mis hijos, mis hermanos y parte de mis familiares, manejan este lenguaje de señas.

Que la experiencia no quede únicamente en la parte instructiva, sino compartir este entusiasmo por aprender y que como parte de la sociedad tomemos en cuenta esta gran diversidad y esta necesidad inclusiva; estoy segura de que los instructores en cada uno de los municipios van haciendo una cobertura más amplia y que en el rincón más lejano del Icathi, llámese Huejutla, Jacala o Tlan-chinol, habrá una persona con discapacidad y allá ese instructor va a poder decirle: “Hola, ¿cómo estás?”, y entonces la capacitación habrá trascendido.

Vale la pena rescatar otras aportaciones muy valiosas de algunos de los instructores y el personal que se involucra en este proceso. Uno de ellos, Marcos Araujo, instructor en mantenimiento de máquinas de coser y costura industrial en el Icathi, desde hace 13 años, fue quien impartió uno de los primeros cursos a grupos con discapacidad:

En 1999 se dio la capacitación en una de nuestras Acciones Móviles; fue muy agradable trabajar con ellos, eran invidentes una parte y otra de sordomudos, la mayoría de la gente se enseñó a coser en máquinas de coser industriales.

Creo que lo fundamental es generar un ambiente de confianza en el grupo; les explicamos de uno por uno de manera táctil para que fueran sintiendo las partes de la máquina, les agarrábamos la mano para decirles cómo enhebrar el equipo por medio de algunos aditamentos que preparamos para que se guiaran más fácil con la máquina, y al final les enseñamos las telas, ellos aprendieron a determinar qué grosor tienen y cómo se debe ajustar la máquina para coser.

Hice un aditamento para la máquina para que ellos pudieran proteger sus manos, y en un momento dado, cuando perdieran la noción del espacio, pudieran sentir que no podía entrar ahí la mano porque se podían picar con la aguja; también colocaba cinta de *maskintape* en la tela para que ellos con las manos sintieran dónde iba corriendo la tela y se fueran derechos.

Tradicionalmente, la especialidad de mayor demanda ha sido la de repostería, y con orgullo podemos decir que contamos con instructores de excelencia como Antonia Méndez, Mayra Fabiola García y Juan Carlos Camacho, quienes han mostrado un amplio compromiso para trabajar con este sector: Toñita Méndez, con diez años en el Icathi, explica su vivencia como instructora:

Bueno pues ha sido mi mayor experiencia trabajar con niños y jóvenes porque creo que de ellos aprende uno mucho; al inicio de los cursos llegan cómo temerosos, como que no se acercan a uno, algunos de plano no se quieren quedar; conforme van viendo el proceso, la satisfac-

ción es ver como el último día ya se desenvuelven totalmente y se sienten orgullosos de lo que logran.

He vivido experiencias muy bonitas, recuerdo el caso de un niño que estaba gordito, muy fornido, y cuando llegaba me daba una palmada en la espalda, ya sabía yo que con eso él ya iba con ganas.

La posibilidad de aprender a vender los productos que se elaboran, se encuentra presente en estos procesos, ya que los participantes también aprenden cómo hacer cálculos de costos de insumos y precios de venta, a través de un módulo que se ha implementado en los programas de estudio. Toñita lo explica así:

Yo siempre les inculco el hecho de que ellos pueden hacer un negocio, siempre les digo que esto que estamos haciendo es para que les sirva para toda la vida, les hago mucho hincapié tanto a las mamás como a los niños; me cuesta un poco de trabajo porque en algunos grupos las mamás llegan al curso y dejan al niño y se apartan, yo les explico que la capacitación es para que ellos puedan tener el día de mañana algo para vivir; afortunadamente, lo logré, y pues creo que hay algunas señoras que están vendiendo.



En el CAM 3, se me ocurrió decirles que empezáramos a vender y embolsamos y se fueron a vender a una de las dependencias, era tanta la emoción porque vendieron \$450.00, entonces dijeron vamos a guardarlo, estuvieron juntando y completaron para comprar su horno, cada vez que vendían, pensaban en comprar otra cosa; entonces ésa fue una motivación tanto para los niños como para los papás, porque vieron que sí se podía hacer algo y lo-gramos comprar nuestro horno; estoy

segura de que ahorita que yo ya no estoy dando el curso, hay dos mamás que siguen entregando sus productos en la SEPH, porque ya les hacían pedidos.

Estas experiencias que he tenido con los grupos me conmueven mucho, siento el nudo aquí, es una gran satisfacción recordarlo.

Para mí, el elemento principal para impartir cursos a estos grupos es la paciencia y el cariño, establecer reglas básicas: ellos saben que lo primero que deben hacer es lavarse las manos, ponerse su cubrepelo, su cubreboca no se lo tienen que quitar, si se agarran el cabello saben que inmediatamente se tienen que ir a lavar las manos, ya saben que no se

tienen que tocar la nariz, tienen una cajita donde guardan su delantal, su cubrepelo, su cubreboca, ellos llegan, se los ponen y luego se van a lavar las manos, se les forma un hábito.

Creo que cada uno tiene su habilidad; al paso de los días me voy dando cuenta qué es lo que les gusta hacer y voy organizando las actividades; les digo: “A ver, ahora te va a tocar a ti amasar y tú vas a esperar al siguiente”. Están a veces como ansiosos, esperando su turno.

Yo uso cartulinas y el pizarrón, les dibujaba y escribía la receta siempre; había niños que podían leer algunas cosas, y estaban sus papás que eran realmente los que leían, y ellos estaban atentos a lo que su papá o su mamá les leía, ellos logran entender los pasos del proceso, ya saben cuándo es lo primero, lo segundo y lo tercero.

A mí me gusta medir delante de los niños, y con ellos no uso báscula, sino tazas, entonces yo ya les digo una taza, otra taza y por equipo, los involucro a ellos.

La experiencia de Mayra Fabiola, instructora de los planteles de Tezontepec y Tula desde hace 10 años, la resume así:

Yo tengo la experiencia de dos grupos diferentes: personas adultas y jovencitos con discapacidad; la experiencia que yo tengo con los niños es que pude aplicar lo aprendido de los cursos con la maestra Caritina, porque nos enseñó a hacer mucho material didáctico para trabajar con ellos y fue muy útil.

En la primera ocasión que yo trabajé con los chicos, pensaba ¿cómo les voy a enseñar?, ¿de qué manera me voy a dar a entender con ellos? Ahora en este curso que terminé en el CAM 24, para mí fue muy fácil trabajar con los ellos, porque formé un rol de actividades por mes, entonces, no siempre los tenía trabajando, los niños aprenden jugando; tengo mi material didáctico que son memoramas, un cubetón de cortadores de galletas de colores y de figuras, hacíamos las galletas jugando y a través de los cortadores que seleccionaba, por ejemplo las actividades laborales, medios de transporte, actividades de casa, etc., de esa manera por día nosotros íbamos cortando las galletas, las decorábamos y hacíamos que los niños aprendieran actividades que tenían que hacer en su casa también; si yo a los niños les digo que hoy vamos a cernir, la próxima clase les tengo que volver a enseñar a cernir, y de acuerdo con la actividad que iba saliendo en el memorama, el niño la iba haciendo; obviamente, arreglaba el memorama para que todo se fuera llevando de acuerdo con la clase.

Respecto a las posibilidades de orientar la capacitación a la comercialización de los productos, Mayra plantea lo siguiente:

Tuve el caso de una alumna que se llama Mary, que su mamá la llevó al curso porque no tenía quién se la cuidara; ella ya es adulta y no quería ni sabía hacer nada y ahí se sentaba y no la parábamos; a través de mucho trabajar con ella, de motivarla, ahora vende sus galletas y las hace sola. Ella es de la comunidad de Presas de Tezontepec, y su mamá tiene ahorita un negocio de desayunos, y Mary vende sus galletas. Ésa es una satisfacción muy grande para mí, porque cuando la conocí no quería hacer nada; ahora hornea ella sola, cuando antes le tenía un pavor al horno y a través de “Mira, Mary, vamos a hacerlo, yo estoy atrás, yo te ayudo, etc.”, ella lo logró...

Las voces de los instructores me hacen pensar que si bien nuestros programas de estudio están diseñados con contenidos determinados, hay otra parte que se devela y que creo que es la más rica y valiosa de la experiencia; no está en ningún documento, es el valor agregado que le dan los instructores en su trabajo con estos grupos, y que se construye a través del contacto humano, en ambientes de constante aprendizaje y cercanía.

Reconocer la capacitación como un proceso de formación integral, generador de posibilidades de participación social, nos permite ver que un curso es sólo el inicio de otras puertas que pueden abrirse.

Juan Carlos Camacho González, instructor de repostería en Mineral de la Reforma, desde el año 2006, narra su propia experiencia:

La primera vez que impartí un curso a personas con discapacidad, me sentí un tanto raro por el hecho de que me hayan designado para impartir estos cursos; fue un gran reto para mí, cambió mi percepción acerca de la discapacidad, creo que tenía ideas equivocadas acerca de la compasión hacia ellas.

Cuando vi los resultados me sentí muy satisfecho y me cambió la mentalidad y la vida mucho, porque son gente que no necesita compasión, sino que quieren ser tratados con igualdad.

He aprendido que lo primero es que aprendan que la higiene es importante, ése es el primer reto y el más importante creo yo, el hecho de que ellos se pusieran su red y su indumentaria; incluso el cubrebocas a muchos les molesta y les es incómodo, pero mediante la imitación, al ver a los demás hacerlo, ellos lo hacen. El segundo es que se aprendieran a ensuciar; la mayoría de los niños tienen papás sobreprotectores y difícilmente les gusta ensuciarse, digamos agarrar mantequilla, huevo, azúcar

y batirse las manos, es una sensación viscosa que a algunos les gusta y otros la rechazan completamente.

Les asigno actividades en cadena, de acuerdo con sus capacidades, porque hay niños que no van a poder mezclar los ingredientes por su capacidad motriz de que no pueden mover los dedos, pero les doy otra actividad.

Tuve un caso de una niña con una fuerte deficiencia intelectual; ella logró aprender a lavar la mesa, ésa fue su actividad en el proceso de producción; permanecía sentada y cuando el grupo terminaba, ella hacía su parte; recuerdo muy bien a su mamá que hasta lloró la primera vez que la vio.

En uno de los cursos, había un niño autista que aparentemente no podía hacer nada; yo me preguntaba qué iba a hacer con él, todos estaban trabajando y él permanecía sentado haciendo ruidos. Un día me encontraba parado aquí y yo sabía que me estaba viendo, yo tenía las bolsas de galletas en mi escritorio y lo que hizo fue poner las galletas acomodaditas, derechitas, y luego puse otro montoncito y él las volvía a alinear bien bonitas; me fui, di la vuelta hacia el grupo y di alguna indicación, al voltear choqué con la mesa y se me cayeron las bolsas y lo dejé. Resulta que cuando yo me voy a dar la vuelta para estar supervisando cómo hacían las otras pastas, este niño ya las estaba acomodando; nunca le di la indicación, pero yo lo que hacía era ponerle otro montón de bolsas aquí y sabía que él las acomodaba, y entonces después ya no le puse una charola, le puse una caja y él las acomodaba, yo sabía en qué momento él me veía y después empacaba, él era el empacador.

Creo que la clave es la buena voluntad

Martín Meza, uno de los instructores en el área de computación, con un largo camino recorrido en el Icathi, describe su participación en los cursos:

Yo llegué dos o tres años después de que el Icathi hubiera empezado; si ustedes visitaran mi plantel de Mineral de la Reforma, ahora ya tenemos un plantel grande, bonito, pero empezamos en unas pequeñas aulas que nos prestaba la presidencia municipal.

Yo he tenido muy pocas experiencias de capacitación para personas con discapacidad. Actualmente tengo dos cursos, en uno de ellos se encuentra un solo alumno con una discapacidad psicomotriz que tiene dificultades para hablar, he visto cómo el grupo se ha integrado, en la clase pasada ya salió con los compañeros a tomar sus alimentos.

Creo que en estos casos sí tengo que cambiar un poquito la forma de dar clases; el contenido temático del curso no varía, pero sí la manera de enseñar. No hago distinciones, no le digo: “A ti como tienes este problema te voy a dar una práctica así, tú vas a capturar cinco líneas y ellos van a capturar mil”; no, es igualito para todos, pero de diferente manera para todos; busco la igualdad, para que se sienta igual que todos.

También asiste su papá, creo que en parte tenía temor de dejarlo solo con nosotros, y también porque tiene interés en aprender computación. Él ha visto cómo poco a poco se están integrando todos; inclusive en esta última sesión, se sentó hasta atrás y dejó a su hijo adelante con un compañero.

Recuerdo que cuando el papá de este joven me decía que no había logrado inscribirlo en otras instituciones para que le dieran un curso de computación, cuando llegó aquí le dijimos: “Sí, puede inscribirlo”. El señor todavía dudaba: “¿Sí me lo va a aceptar?”. Me dijo: “Yo pensé que no me lo iban a recibir en Icathi”.

Para mí, el reto más grande es que él no se vaya, que termine el curso y que aprenda bien el manejo básico de la computadora; es importante porque este curso está basado en un estándar de competencias y a la mejor más adelante pudiera encontrar un trabajo.

El otro curso que imparto es en la Asociación Down, es de computación a niños y jóvenes los días domingo, lo que más me ha impresionado es el deseo que tienen los alumnos por conocer y descubrir nuevas cosas. Hemos logrado captar la atención de ellos hacia la computadora a través de juegos didácticos y que los papás participen más con sus hijos. Me han funcionado pequeñas recompensas con ellos cuando logran un resultado, por sencillo que sea.

Un papá me dijo: “En la casa hay memoramas, y nunca pensé que mi hija pudiera resolverlos sola, aquí he visto cómo aprende”.

Mi objetivo es que los alumnos aprendan a hacer uso de la computadora, por elemental que sea, y vamos en un camino ascendente semana tras semana.

En este curso empecé a escribir las estrategias y logros en una especie de bitácora, para poder tener los recursos pedagógicos y experiencias de cada sesión; esto me servirá como soporte didáctico para otros cursos de este tipo y también para compartirlo con instructores que lo necesiten.

Rocío Acuña Valderrama es alumna del Icathi, y explica lo que ha significado la capacitación en su vida:

Yo tengo un niño con discapacidad, él es autista, lo llevo a terapias a una asociación de tratamiento autista; ahí fue donde conocí el Icathi, pues la maestra Toñita nos impartió un curso de galletas para los niños y jó-



venes autistas, y algunas mamás que asistimos.

Después tomé otro curso del área de repostería, y también uno de corte y confección y otro de plan de negocios, todos en Icathi, que tiene muy buenos horarios y opciones de capacitación; los cursos no son largos y nos enseñan lo más importante.

Desde que conocí el Icathi, hace dos años, mi vida ha cambiado.

El curso de corte y confección lo estoy tomando para hacerles ropa a mis hijos. Ya me ahorré, porque la ropa está carísima; por ejemplo, vi una faldita en un aparador para mi hija que cuesta 140 pesos, yo sé que esa faldita la puedo hacer con treinta pesos.

Una ocasión, no tenía yo dinero y como tenía las galletas que había hecho mi hijo en el curso, empecé a llenar unas bolsitas; me salieron ocho y pensé, pues aunque sea de a cinco pesos, voy con mis vecinos y las ofrecí; junté 40 pesos y por lo menos salió para la leche de mis hijos. Ahí fue cuando dije, esto sí es negocio; empecé a hacer mis galletas y ahora de eso me ayudo.

Yo soy cabeza de familia, el papá de mis hijos está en Estados Unidos. Lo que hago es que mi hija entra a las ocho de la mañana a la escuela, y yo me llevaba mi cajita de galletas, de ahí me iba a otra escuela donde entraban a las 8:30 y vendía otras poquitas, y luego a las nueve en un kínder, a las 9:30 ya había vendido hasta \$150.00 de galletas; no todos los días gano bien, pero siempre tengo ingresos. Creo que también con esto estoy enseñando a mis hijos a que valoren el esfuerzo, mi hija se siente orgullosa de que las galletas le gusten a la gente, no le da vergüenza.

Ahora involucro a mis hijos en el trabajo, mi hija amasa mientras yo voy pesando los ingredientes y mi hijo básicamente empaqueta las galletas.

Cuando supe del curso de plan de negocios, a mí me interesó más porque dije, yo ya sé que voy a vender, pero ahora quiero ver cómo voy a poner mi negocio en mi casa, para tenerlo como base de mis ingresos, y en eso me estoy preparando.

Yo lo hago por mis hijos, sobre todo por mi hijo autista, pienso en su futuro, el día que yo no esté qué va a ser de él, por eso quiero que aprenda un oficio en el Icathi, para que pueda adaptarse poco a poco y sepa trabajar, aunque sé que toda la vida va a depender de alguien.

Hay gente que cuando le he pedido ayuda para cuidarme a mis hijos me dice que a la niña sí, a él no; si ahorita me lo hacen, el día que yo no

esté me lo van a refundir en una clínica o algo así; yo quiero algo digno para él, por eso estoy luchando y sé que del Icathi van a salir muchas cosas buenas.

Gabriela Lara Alcalá e Ignacio Arturo Soto Pérez forman parte de un grupo de cuatro personas fundadoras de la empresa Cienacc (Ciegos en Acción), que a partir de la capacitación recibida en el Icathi, tuvieron la iniciativa de formar su centro de masajes.

Ignacio, ingeniero industrial de profesión, refiere:

Nosotros estábamos sin empleo y queríamos encontrar una forma de generar ingresos, pero con nuestro problema de vista difícilmente una empresa nos contrata.

En el año 2008, el primer curso que tomamos fue masoterapia, después siguió uno de reflexología podal, otro de masajes tipo spa y también uno de aromaterapia, si no mal recuerdo, hasta ahorita son los que hemos tomado, todos en el Icathi; como resultado de los cursos pusimos este negocio, ya vamos a cumplir tres años.

Hay personas con discapacidad, y que por ser ciegos o débiles visuales no quiere decir que no tengan capacidad de desarrollar una función laboral, el chiste es que le den a uno la oportunidad, porque lo de menos tal vez sería quedarte en tu casa, te encierras en tu cuarto y ahí te quedas esperando a ver quién se apiada de ti, sabes que no te vas a morir de hambre porque tienes una familia que mal que bien verá por ti, pero el chiste de la vida no es ése.

Nos dimos cuenta de que el hecho de recibir una instrucción formal nos permite que los clientes nos tengan confianza; no somos empíricos, somos capaces de delimitar nuestros alcances y decirles: aquí le podemos apoyar con esto y eso que usted tiene se debe revisar por un médico.

Puede haber semanas en las que recibimos tres pacientes en un día o sólo uno, es como en todo negocio, tiene sus rachas buenas y malas; hasta del clima dependemos, los días en que está lluvioso no vienen.

Los miembros de Cienacc han sido invitados en diferentes medios para promover sus servicios: programas locales de televisión, radio y periódicos. Gabriela recupera algunos recuerdos y explica cómo ha sido su proceso personal:

Yo era ama de casa, y cuando tuve la enfermedad de la vista yo dije, bueno, yo qué voy a hacer, pues de lo que yo vivía ya no lo puedo hacer, fue algo muy difícil para mí, pero estudié en el Icathi y tengo el arma,

no me voy a quedar en casa ni voy a ir a pedir dinero en la calle si tengo los medios para desempeñar un trabajo.

Nicolás Reyes Pérez es director de un plantel desde hace seis años, y comparte su visión acerca del manejo institucional en materia de discapacidad:

He atendido a padres o alumnos que han ido a escuelas particulares y no les dan la posibilidad de inscribirse a las personas con discapacidad.

En el catálogo de servicios que tenemos, señalamos que somos una institución incluyente; entonces, cuando visitamos empresas, instituciones, presidencias o grupos organizados, subrayamos este aspecto, ya que en cualquier empresa, institución o sociedad siempre va a haber alguien que tenga algún familiar discapacitado.

En el plantel de Tula, en este año llevamos un promedio de seis cursos en los que participan grupos con discapacidad, ahorita en el plantel tengo a tres alumnos con discapacidad que asisten a los cursos en computación, en velas aromáticas y decorativas y otra persona en repostería. Precisamente, debido a que el plantel opera en instalaciones provisionales que el municipio nos presta, en su momento nos percatamos de que el recinto no tenía rampas, y recientemente se construyó una rampa para que el acceso sea mejor para quienes lo necesiten.

Recuerdo que en el Centro Clínico Cruz Azul, cuando me solicitaron el curso de corte y confección de prendas, yo pensé que los alumnos no iban a poder coser en las máquinas domésticas, porque son procesos complejos y precisos; mi grata sorpresa fue que al término del curso, ellos me mostraron prendas totalmente elaboradas, lo cual me hizo reflexionar, porque yo no había creído que esa disciplina la pudieran dominar, la vi muy difícil para ellos y sin embargo fue posible.

Somos parte de una institución que da cabida a todas las personas sin distinción que deseen capacitarse, y debemos darles un trato digno y respetuoso.

Emilia Escamilla Quijada funge como subdirectora académica desde el año 2009:

Yo llegué al Icathi en el año de 1999, y en aquel tiempo me certifiqué en la Norma Técnica de Competencia Laboral en Elaboración de Documentos mediante herramientas de cómputo, se me presentaban algunos problemas de acceso porque el curso se impartía en el tercer piso de un edificio, con escaleras, más tres tramos de escaleras del edificio en que se encontraba el Icathi en aquel tiempo, se me dificultaba mucho, por

lo que en parte mi formación fue remota y no presencial, ya que el instructor Martín Meza me apoyó en todo momento.

A mí me da mucho gusto estar en el Icathi porque siento que ya se ha formado una cultura de atención a las personas con discapacidad a lo largo de este tiempo, yo lo vivo, sí hay un cambio favorable en el Icathi, me han generado todas las condiciones para que yo desarrolle mis actividades con la mayor naturalidad y ser prácticamente autosuficiente, a veces se me olvida que estoy en una silla de ruedas.

Creo que también se percibe esa atención en los planteles: todos tienen las condiciones propias para que yo me pueda desplazar en los talleres, como rampas, los baños amplios que facilitan el acceso, y lugares de estacionamiento señalizados y respetados; además de ello, está la disponibilidad de apoyo por parte del personal, yo puedo irme sola y llegar a un plantel y recibir todas las atenciones, no necesito llevar una compañía para que me ayude.

Esa cultura no existía cuando yo llegué al Icathi, se fue gestando en un proceso constante, sistemático y de insistencia de parte de la Dirección General; yo creo que para que una persona haga conciencia, tiene que vivir de forma cercana la experiencia.

Creo que el Icathi no debe quitar el dedo del renglón; la sensibilización que ya hemos logrado debe fortalecerse, ya que aún existen creencias generalizadas como que la discapacidad es una enfermedad, no una condición de vida.

El Icathi atiende a personas con todo tipo de discapacidad, está abierto y nunca ha rechazado a nadie.

La armonía social depende del reconocimiento y la aceptación de las diferencias (García, 2006).

Con los anteriores relatos, trato de dar cuenta de lo que ha sido este trabajo en el Icathi; estoy convencida de que esto es sólo un principio, pero ya dimos el paso, y hay que hacer más camino. Coincido con Emilia en los cambios y los resultados; ha sido un proceso de aprendizaje individual y colectivo en el que hace falta insistir permanentemente.

En este año, llevaremos a cabo el curso de creación de recursos didácticos para personas ciegas, igual para instructores, y por fin será realidad poder hacer uso del equipo de cómputo para sistema braille que tenemos, y que es muy completo: la impresora Viewplus Max Embosser, equipo Pacmate QX 400, *software* lector de pantalla Jaws, *software* traductor a lenguaje braille Open Book y un escáner.

Espero que más adelante podamos dar el servicio a la población sobre el escaneado de textos y libros, para convertirlos en audio y también hacer nuestros manuales de estudio y los folletos de difusión en braille, para que estén al servicio y alcance de todos.

Con el paso del tiempo, he entendido que el reto no es sólo impartir la capacitación, es mucho más que eso, es adoptar una postura personal respecto a la discapacidad; crear conciencia de que las necesidades del otro en parte también son las mías, y promover condiciones de participación equitativa y respetuosa de las personas con discapacidad, es partir de la aceptación de la diversidad como principio básico de una sociedad más justa e igualitaria. Hacer visible lo que quizá a veces no se desea ver y por lo tanto genera una actitud de indiferencia o rechazo. La discapacidad confronta a los otros con los propios límites (Ehrlich y De Uslar, 2002).

Personalmente, recuperar esta experiencia, que ha sido de las mejores en mi paso por el Icathi, ha representado mucho: darme oportunidad de encontrar un espacio dónde aprender y deconstruir esquemas y posturas mías.

Ahora me doy cuenta de que son casi seis años, y que hubiera deseado acelerar otras acciones y resultados, pero también sé que ya hay una almendra sembrada, que dará frutos en su momento.

Institucionalmente, sé también que nos hace falta incidir en el fortalecimiento de las acciones de capacitación y emprendimiento de negocios y en el fomento de una cultura de inclusión social y laboral de las personas con discapacidad, así como ampliar la participación de la familia, pero también sé que el Icathi promueve el cumplimiento del libre acceso de los programas de capacitación a las personas con discapacidad, en términos de igualdad de oportunidades y equidad (Apartado V del Artículo 9 de la Ley Federal para Prevenir y Eliminar la Discriminación, y el Artículo 11 de la Ley General para la Inclusión de las Personas con Discapacidad, sobre el derecho al trabajo y la capacitación).

Acerca de las barreras arquitectónicas que se encuentran en el interior de los edificios: escalones, pasillos, puertas estrechas, áreas de servicio de pequeñas dimensiones, entre otros (Gallardo y Salvador, 1999), en el Icathi contamos con lo más indispensable, como rampas, cajones de estacionamiento con letrero de uso exclusivo para personas con discapacidad (que son respetados), y pasamanos en sanitarios, pasillos y accesos amplios, y nuestro compromiso es mejorar las adecuaciones.

Poco a poco, nos hemos hecho de bibliografía acerca del tema, con la posibilidad de que en cualquiera de nuestros planteles existan libros a la mano

de todos. Creo también que esto es muy importante, que cualquier persona que nos visite pueda tener en sus manos un texto que hable de estos temas.

Si tuviera que resumir esta experiencia en una palabra, diría que es la vinculación, pues el Icathi por sí mismo no lo hubiera logrado, ya que a través de crear puentes con instituciones y asociaciones, se han logrado cosas que quizá en un principio yo no me imaginaba.

Agradezco los testimonios de todos mis compañeros, y sobre todo al Icathi, que en sus diferentes etapas ha gestado las condiciones para ser un espacio de propuestas y proyectos.

Referencias bibliográficas

Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión (2009), *Ley Federal para Prevenir y Eliminar la Discriminación*, México, Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, LVIII Legislatura de la Cámara de Diputados publicada en el *Diario Oficial de la Federación* de 11 de junio de 2003 [documento pdf disponible en: <<http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/262.pdf>>].

Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión (2011), *Ley General para la Inclusión de las Personas con Discapacidad*, México, Comisión de Atención a Grupos Vulnerables de la LX Legislatura de la Cámara de Diputados publicada en el *Diario Oficial de la Federación* el 30 de mayo de 2011 [documento pdf disponible en: <<http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/LGIPD.pdf>>].

Ehrlich, Marc I. y Erika De Uslar (2002), *Discapacidad. Enfrentar juntos el reto*, México, Trillas.

Gallardo Jáuregui, María Victoria y María Luisa Salvador López (1999), *Discapacidad motórica. Aspectos psicoevolutivos y educativos*, España, Aljibe.

García Clarck, Rubén R. (2006), *Derecho a la diferencia y combate a la discriminación*, México, Consejo Nacional para la Prevenir la Discriminación (Cuadernos de la Igualdad 7).

Maíz Lozano, Balbina y Ana Güereca Lozano (2004), *Discapacidad y autoestima*, México, Trillas.